

Blanca, inocente, fresca, robusta, voluptuosa, risueña é infantil.

Y las tres bondadosas, sensibles, sumisas, generosas, bellas de corazón hasta el heroísmo, bellas de cuerpo hasta la idealidad.

XIII

La velada.

Malvina, después de dejar la luz, cerró las maderas del balcón de la derecha y luego se aproximó al de la izquierda, en el cual estaba apoyada Blanca, para cerrarle también.

—¿Se ha paseado usted á su gusto, verdad, señorita Malvina?—dijo Blanca haciendo una cortesía que puso su estatura al nivel de la exigua talla de la jorobadita.

—No, señorita—contestó dulcemente la niña;—no he paseado nada: ¡si supiera usted qué frío hace para pasear!

—¿Pues en dónde has estado?—preguntó á su vez María en tanto que colocaba el velador del centro de la sala cerca del sitio donde estaba sentada Ofelia.

—Me entretuvo Rosa, señorita—contestó la jorobada cerrando el balcón que ya había dejado libre Blanca.

Luego añadió:

—Rosa me encontró en la calle, iba á llevar un hermoso canastillo de ramilletes á casa del conde D....., que da un baile esta noche; las flores eran para el tocador de las señoras, y á fin de que éstas puedan cambiar las que se marchiten de su *bouquet* y su peinado.

Ofelia dejó á este tiempo su sillón y acercó al velador una silla bajita para ella y otras dos para sus hermanas.

—Dios mío, ¡qué aturdida soy!—exclamó Blanca corriendo hacia Ofelia y quitándole de la mano una de las sillas.

—¿Por qué?—preguntó Ofelia sonriéndose.

—¡Estás mala y te dejo traer las sillas!... ¡perdóname, hermanal!

Ofelia, por toda contestación, selló la frente de la niña con un beso y ocupó su silla levantando la mano á sus sienes con un ademán de sumo y concentrado sufrimiento.

—¡Qué pálida estás, Ofelia!—exclamó Gloria, poniendo cerca del velador una canastilla de labor llena de costuras y bordados.

Sonrióse de nuevo Ofelia; pero su sonrisa era violenta y se conocía que dictada sólo por el deseo de disipar las inquietudes de sus hermanas.

—Me siento bien—dijo con dulzura;—pero vosotras os habéis empeñado en alarmaros y alarmarme también: ea—añadió—tomemos la labor... pero ¿qué veo? Blanca, ve á ponerte tu esclavina.

—No tengo frío—contestó la niña haciendo un gracioso mohín.

—Eso no importa: esta noche hiela mucho y toserás.

—Pero tú tampoco llevas abrigo ninguno, Ofelia—repuso Blanca;—y eso que estás más delicada que yo.

—¡Ay, Dios mío! ¿Cómo lo ha de llevar si me ha dado á mí su esclavina?—dijo Malvina con acento de profunda emoción: después añadió con timidez:

—Si no la hubiera usado ya, señorita Ofelia, rogaría á usted que la tomase de nuevo.

—Te la di porque te hacía más falta que á mí—dijo Ofelia, y, por lo tanto, te ruego que la lleves siempre.

—Pues á mí me hace daño la esclavina viéndote á ti desabrigada—dijo Blanca;—esta es la razón de no ponérmela, que no lo dejo de hacer por gana de desobedecerte, hermana.

—Vamos, te la pondrás ahora mismo si quieres darme gusto, Blanca: yo soy la mayor, y por consiguiente la más fuerte de las cuatro. Malvina es la más pequeña y más débil de todas, y por lo mismo le hacía falta mi esclavina.

—¿Por qué no le has dado la mía?—dijo Blanca.

—O la mía—añadió María.

—Porque las necesitáis.

—Pues yo no la llevaré como no hagamos un convenio—dijo Blanca con su obstinación de niña mimada.

—Veamos el convenio.

—Que hemos de llevar la mía un día tú y otro yo: tú te la pondrás esta noche.

—Yo pido lo mismo—añadió María:—lleveremos mi esclavina por su turno las tres; mañana se la pondrá Blanca.

—Convenido—dijo Ofelia con su dulce y apacible sonrisa;—tráeme tu esclavina, Blanca, y pongámonos á trabajar, que ya hemos perdido un cuarto de hora.

Blanca entró en una de las alcobas que ocupaba con María, y sacó su esclavina, que echó sobre los hombros de Ofelia, abrochándosela cuidadosamente, mientras Malvina, después de haber arreglado las sillas, salía de la salita.

Las tres jóvenes ocuparon sus asientos en torno del velador y se pusieron á trabajar á la escasa luz de su mísero velón.

—Dame mi bordado, Ofelia—dijo María á su hermana, quien le alargó un pañuelo de espumosa y transparente batista: mas al mismo tiempo que fijaba en él sus ojos exclamó dolorosamente:

—¡Gloria, tienes que hacer calados... de noche... y con esta luz! ¡Dios mío, Dios mío, vas á quedarte ciega!

—No te acongojes, hermana;—repuso la joven

intentando encubrir bajo una sonrisa la angustia que se pintaba en sus preciosas facciones;—todo se reduce á gastar más tiempo; pero haré los calados y no temas que salgan mal.

—¡A costa de inmenso trabajo!—murmuró Ofelia, mientras dos gruesas lágrimas, desprendiéndose de sus ojos, rodaban por sus blancas mejillas.

—Vengan los calados—dijo alegremente Blanca;—yo los haré y Gloria acabará mi peinador.

—¿Tienes tú, por ventura mejor luz que yo?

—No, repuso la niña; pero tú llevas tres días de hacer calados y yo he cosido liso: vaya, cambiemos.

Y la voluntariosa niña asió el pañuelo y echó sobre las rodillas de su hermana un peinador casi concluído y cuyas mangas estaban orladas de riquísimos encajes.

En seguida se acercó la luz, la atizó con una horquilla y la inclinó hacia delante para que luciese mejor; mas de repente lanzó un grito de angustia.

—¿Qué tienes?—preguntó Ofelia asustada.

—¡Ay, Dios mío, el velón está casi sin aceite!... ¿Cómo trabajaremos?

—No asustarse, señoritas—dijo Malvina entrando en la estancia con el ramo de camelias en la mano;—tengo dos velas allá dentro.

Las últimas palabras de la jorobada no fue-

ron oídas por ninguna de las tres hermanas, que habían lanzado un grito de alegre sorpresa al ver las flores, arrojándose todas hacia Malvina.

—¡Oh, qué hermosas!—exclamó Ofelia tomando el ramillete.

—¡Qué bien estarían dos de ellas entre mis cabellos!—murmuró Blanca.

—¡Qué buena es Rosa!—dijo á su vez Gloria.

Estas tres exclamaciones pintaban la cualidad distintiva del carácter de las tres jóvenes.

En Ofelia, el sentimiento de lo bello.

En Blanca, la coquetería.

En Gloria, la bondad.

—¿Dónde has encontrado á Rosa?—preguntó Gloria.

—Voy á dejar arreglada la cena y me vendré á coser—dijo la jorobada.

—Y mientras trabajamos nos contarás lo que te ha dicho Rosa—añadió Blanca.

Desapareció Malvina y las tres jóvenes se pusieron á trabajar con afán.

No obstante, un observador curioso hubiera podido reparar que Ofelia dejaba caer de vez en cuando su labor como desfallecida, llevándose una mano á la frente como si la sintiese abrumada de dolor.

Sus hermanas, absortas en trabajar con la mayor prisa posible, nada advertían.

—¡Mañana vamos á cobrar mucho dinero, mu-

cho!—dijo María manejando su aguja con una asombrosa rapidez.—¡Lo menos seis duros!

—Debemos cuatro al casero—repuso tristemente Blanca.

—¡Bah! Se esperará otro mes.

—Y le deberemos ocho.

—¡Calla por Dios!—murmuró María acercando su linda cabeza al oído de su hermana.—No recuerdes nuestras deudas, Blanca. ¡No ves que Ofelia necesita un médico!

Blanca hizo un signo afirmativo, y una lágrima asomó á sus ojos.

—Ya está aquí Malvina—dijo María volviéndose hacia la puerta, por donde, en efecto, entraba la jorobada, para disimular su conmoción.

—Y que traigo muchas cosas que contar—dijo la niña.

—Ea, pues siéntate y empieza; ¡ya se ve, como tú eres la única que se pasea, en tanto que nosotros estamos aquí siempre metidas!

Blanca, al decir esto, echó sobre las rodillas de la jorobada una pieza de tela blanca, en la cual se puso á coser Malvina con actividad.

—Pues señor—empezó ésta—cuando fui á llevar las camisas al almacén iba yo muy contenta; pero cuando salí salía muy triste.

—¿Pues qué te pasó?—preguntó Blanca.

—¡Ay, señorita! Que los judíos de los almacenistas no me quisieron dar más que la peseta

que restaba del adelanto que nos hicieron la semana pasada.

—¿Entonces no has traído nada para que cene Ofelia?—exclamó María en voz baja, pero con profundo terror.

—¡Cómo se entiende, señorita! ¡Vaya! He traído arroz, huevos frescos, miel blanca y dos panecillos; ítem más, dos velas para trabajar hasta que se concluya la labor y poder cobrar mañana mucho dinero.

—¿Con una peseta has comprado todo eso?—exclamó Blanca sonriendo con malicia.—¡Bah, bah! No lo creo.

—¡Si ahora está todo muy barato... casi regalado! ¡Vaya! ¿Pues con qué había de comprar si no tenía más dinero? Mire usted, yo ando y busco lo que tiene menos precio y corro plazuelas... y tiendas... y luego como me ven así... jorobada... y tan fea... me dan casi de balde las cosas.

La generosa criatura explotaba su propia deformidad en beneficio de las huérfanas, aquella deformidad que tan cruelmente la atormentaba, pues la hacía el blanco de las burlas de todos.

Al penetrante talento de Malvina, talento que iba unido á una percepción exquisita y propia sólo de los pobres seres que se le asemejan, á su claro talento, digo, no se escapaba tampoco que

estaba privada para siempre de todos los goces y de todas las consideraciones de la vida.

Ofelia comprendió todo lo que había de heroico en las palabras de Malvina, aun sin saber de dónde procedía el socorro inesperado que les ofrecía, y por un movimiento espontáneo tomó entre sus manos la cabeza de la pobre niña y estampó en su frente dos tiernos besos.

Arrasáronse de llanto los ojos de Malvina al sentir aquella dulce caricia y besó á su vez la blanca mano de la joven.

XIV

La sombra de la princesa.

—¿Sabremos lo que te ha dicho Rosa?—preguntó impaciente Blanca.

—Como digo, señorita—continuó la niña—iba yo muy triste, y al doblar la calle del Príncipe vi de lejos á Rosa parada en una acera... ¿con quién dirán ustedes?

—¿Con quién?—preguntó María.

—Con aquel señor tan hermoso que todos los días la espera cuando sale de aquí y que nos ha dicho que es...

—El marqués de la Oliva—dijo Blanca.

—Justamente, ese; pues bien, cuando yo llegaba á ellos vi que el señor marqués daba á

Rosa una moneda de oro... así, muy reluciente y bonita.

—¡Ah, ya!—dijo cándidamente María; sería de ochenta reales; como aquellas tres que envié á Ofelia aquella señora por el traje de bautismo que bordó á su niño.

—Sí, sí, lo mismo que aquellas. Rosa la rehusaba y decía: *miste*, señorito, yo no he hecho nada *pa* tanto dinero; tomaré un *durejo* porque no crea usía que es desaire y servirá *pa refrescal* con mi Curro; ¡pero tanto, ni por pienso!

—Yo soy muy rico—respondió el señor marqués.

—¡Ea, que no!—replicó Rosa.

Pero al fin tanto instó el otro que Rosa tomó la moneda y se la guardó.

Entonces me acerqué yo.

—¡Hota, chica!—me dijo Rosa.—Me alegro de verte, porque me ahorras un viaje al *destierro* de tu casa.

En seguida puso en el suelo un hermoso canastillo de mimbres blancos que llevaba lleno de ramilletes y empezó á elegir.

Ninguno le parecía bastante bueno y los sacó todos, poniéndolos sobre la acera; por fin encontró éste y me dijo:

—Toma, para la señorita.

—¿Por qué me da usted el más hermoso?—la pregunté.

—¡Bah! Cuando se da una cosa se da lo mejor; y además, ¿hay algo que sea bastante bueno y bonito para la señorita María?

—¿Por qué la quiere usted tanto?

—¡Qué sé yo! Tiene un *aquel* y un... Desde el día en que la *probecita* quiso comprarme flores y yo la insulté porque no tenía dinero para pagarlas tan caras como yo las vendía, la quiero más que á mi vida. ¡Luego tiene esa cara de ángel!...

—Pero tan hermosas lo menos son las otras y no las quiere usted tanto.

—*Verdá* es; pero es que á las otras no las he hecho yo llorar como á la señorita Gloria... ¡Y con qué paz y con qué dulzura contestó á mis insultos!... ¡Cuando se lo conté á Curro casi me mata de un palo!

—«Animal—me dijo.—¡Si tienes un geniazo!... ¡Cuando nos casemos te he de zurrar hasta que te dome!

—»Calla, hombre—le respondí;—ya he preguntado á la corcovadilla que la acompañaba dónde viven, y ahora voy á llevar á la señorita el ramo que le gustó.

—»Y todos los días le llevarás otro igual, ¿estamos?

—»Como quieras; pero ¿sabes que un usía que presencié mi conversación con la señorita *dende* la puerta del café de Levante se empeñó en comprarme todos los ramos?

—»Como te vea *gastar palique* con un *futraque* te *afosilo*.

—»¿Y quién le gasta? ¡Pues *miste* qué...!»

María y Blanca soltaron la carcajada al ver la propiedad y donosura con que Malvina remedaba á Rosa y á Curro, atiplando la voz para imitar á aquella y ahuecándola para imitar á éste.

En cuanto á Ofelia no hizo más que sonreír con aquella expresión penosa que cada instante revelaba un padecimiento mayor, aunque valerosamente contenido.

—Rosa me dijo—continuó Malvina—que el caballero que le había querido comprar todos los ramos era el marqués de la Oliva.

—También á mí me lo dijo el otro día—añadió Blanca—y me le enseñó, pues al mismo tiempo pasaba por aquí.

En aquel instante el toque de una campana del convento de las religiosas capuchinas indicó que eran las ocho.

—¡Dios mío, Ofelia, qué pálida estás!—exclamó María, que por casualidad había fijado los ojos en su hermana.

—Es que no ha comido nada—repuso Blanca;—Malvina, vamos á cenar.

María y Blanca desocuparon el velador y la jorobada sacó un mantelillo muy blanco que extendió sobre él.

Blanca la ayudó en seguida á traer lo necesario para acabar de poner la mesa, en tanto que Gloria pasaba su pañuelo por la frente de su hermana, bañada de helado sudor.

Blanca puso sobre la mesa cuatro cubiertos de boj y algunos platos de loza ordinaria y Malvina trajo un plato de arroz humeante y los cuatro huevos donativo de la señora Antonia.

Las huérfanas hacían sentar á su mesa á la pobre Malvina, pues ya he dicho que la trataban como á una hermanita menor.

Sentáronse María y Blanca, y esta última empezó á partir el pan, en tanto que Malvina corría en busca de la miel.

Mas un doble y terrible grito la hizo volver temblorosa y asustada.

Ofelia había caído desplomada desde su silla al suelo; á sus lados Blanca y María pugnaban inútilmente por levantarla.

Arrojóse Malvina de rodillas junto á las dos hermanas, viniendo su triste llanto á aumentar la desolación de aquel grupo.

En aquel instante llamaron con fuerza á la puerta de la calle; pero las pobres jóvenes no se apercibieron de ello.

Ofelia seguía en el suelo; la debilidad de aquellas tres infelices criaturas no alcanzaba á mover aquel cuerpo rígido y helado, como si le hubiera invadido la muerte.

De súbito sonaron pasos en la escalera, y un instante después llamaron á la puerta de la habitación.

Malvina abrió maquinalmente, sin cuidarse de preguntar quién era, y el señor Martín apareció en el umbral, seguido de dos hombres embozados en largas capas.

—Señoritas—dijo el honrado zapatero—estos dos caballeros desean ver á ustedes; yo estaba trabajando, oí llamar y bajé á abrir... Pero, ¿qué es eso? ¿Se ha puesto mala otra vez la señorita Ofelia? ¡Bien digo yo que tanto atarearse!...

El honrado zapatero dejó su luz sobre una cómoda é iba á levantar del suelo el cuerpo inanimado de Ofelia, mas al volverse vió á uno de aquellos hombres que había acompañado despojándose de su capa para ejecutar lo mismo que él quería hacer.

Bajo aquella capa apareció la serena y hermosa figura del príncipe de Cellemare.

Arrojó también el sombrero, que ocultaba sus facciones, luego levantó el cuerpo de Ofelia y le depositó en el lecho que Gloria le señalaba.

Ofelia quedó inmóvil, blanca y hermosa como una estatua de alabastro caída sobre una tumba.

Cruzóse el príncipe de brazos, contempló la adorable figura de Ofelia y murmuró en voz queda y temblorosa:

—¡La sombra de mi madre!